



HASTA EL JUEVES, MANOLO



ILUSTRACIÓN
S. MORENO
PERALTA

La memoria, su prodigiosa memoria, nunca ha sido aliento de nostalgia sino territorio de afinidades, o sea, una patria

SALVADOR MORENO PERALTA



Manolo, estoy aquí abajo. ¡Ahora mismo!, responde diligente. Hoy he relevado a Juan López Cohard para recogerle. No sé si toca el 'María' o 'El Cober-tizo'. Aparece con paso lento por la puerta de su casa del Rincón y se maravilla de que se pueda abrir la cancela con un mando a distancia. Éste y el fax para mandar el artículo diario al SUR son los dos únicos artefactos de la modernidad que ha consentido asimilar. Teodoro León Gross, el auténtico Max Brod de su obra, intentó enseñarle a escribir en un ordenador, sin éxito, porque para lo ignoto ya estaba Dios, y con Éste ya conversó en sonetos celestiales.

Empieza el tratamiento semanal de vivioterapia. Sartre escribió en 'Huis Clos' que el infierno eran los otros. De conocer a Manolo hubiera sabido que los otros también pueden darnos la vida. Manolo es una cámara hiperbárica de vida y hoy toca sesión, que comienza con el dry martini. Seguimos el consejo de Dorothy Parker grabado en los reposavastos del hotel Algonquin de Nueva York: uno o dos a lo máximo, pues con tres podremos estar bajo la mesa, y cuatro... ¡bajo el anfitrión!. El Maestro se jacta de haber creado una selecta cofradía de este brebaje. ¡Qué bien los hace Garci...pero sobre todo., qué bien los hacía Alfredo Landa! También Pedro Aparicio. Pasamos al restaurante, siempre en la misma mesa sobre la que ha consolidado sus derechos sin que nadie en este mundo los ose discutir. Empieza su deslumbrante despliegue de las cuatro potencias del alma: memoria, entendimiento, voluntad...e hígado. Coincidimos con San Agustín en que la más importante de todas es la memoria, porque sin ella no hay pensamiento ni voluntad. Pero en su fuero interno piensa que la principal es el hígado, un buen hígado que lo aguante todo y no nuble ni la memoria ni el entendimiento. En cuanto a la voluntad, se tiene a sí mismo por un «vago profesional sin carne» porque ha trabajado todos los días atado al deber de su columna, y «lo bueno del deber cumplido es que ya



CARLOS MORET

EMPIEZA SU DESLUMBRANTE DESPLIEGUE DE LAS CUATRO POTENCIAS DEL ALMA: MEMORIA, ENTENDIMIENTO, VOLUNTAD... E HÍGADO

no tienes que cumplirlo». La memoria, su prodigiosa memoria, nunca ha sido aliento de nostalgias sino territorio de afinidades, o sea, una patria. Con esa memoria nos encontramos un día en un pasado que habíamos vivido pero sin coincidir, él en activo, yo de oyente. Es el pasado presente de un fabuloso Madrid de los sesenta, ya entonces alejado de las cartillas de racionamiento -'el best seller' de la época, le llamaba- y avizorante de un hoy convulso que le hace temer haber vivido una existencia capicúa, de los horrores de postguerra a los errores de ahora. Ese Madrid de la calle Larra, de 'El Puchero', del 'Marca' y del diario 'Arriba', de donde se va cuando vetaron a Ramón Gómez de la Serna, y cuando irse así era peligroso y qué coño sabrán estos imbéciles de hoy lo que eran fascistas de verdad. Cuéntanos, Manolo, qué sentías cuando estabas con Neruda en La Se-

bastiana o en Isla Negra. Cómo fue tu comida con Borges, tus largas tertulias con Camilo, con César, con Di Stéfano, con Garcí, con Luis Rosales, el bondadoso Gerardo Diego, tus vecinos Josefina e Ignacio Aldecoa... ¡con los boxeadores! Qué emoción de maletilla siento cuando descubro que tú pertenecías al grupo de los poetas de los 50, con Eladio Cabañero, Ángel Crespo o Gabino Alejandro Carriedo a los que yo, por mi cuenta, también conocía, fíjate. Amigos compartidos de un Madrid añorado que nos enseñó a ser hospitalarios. No ha habido día en que no aparezcan más amigos y vivencias comunes ampliando esa red, entretejida de pasado y presente, de vivos y muertos, de vida y literatura, de toros, fútbol y boxeo, de gravedad y jolgorio... Tu memoria, Manolo, daba sentido a la mía, y en ella empecé a reconocer una España vibrante y contradictoria, tensada por

las fuerzas del cielo y del infierno. Sí, reconocía mi infancia, mi adolescencia, mi educación sentimental, o sea, NUESTRO tiempo, tanto aquel que un día nos perteneció como este prestado de ahora que vivimos como generosa propina y no poco desconcierto.

Ya hemos terminado el jamón -«el mejor amigo del hombre»- y vamos con «el combate de fondo». Tal vez unos callos a la madrileña. Ha caído una botella de Rioja y seguimos brincando por las noticias del día y los sonetos de Quevedo. Una finta de la conversación te lleva a recitar unas estrofas de 'El rayo que no cesa' o el 'Canto General'. Y yo te respondo con 'Manera de silencio', porque entre las mil mejores poesías de la lengua castellana están las tuyas, transparentes y profundas como poza en un torrente alpino. Mientras sorbes la copita de Jaegermeister -digestivo de vikingos- aprovecho y te escudriño. Paco Umbral, que no admiró a nadie excepto a ti, dijo que cada día te parecías más a tu bigote. Puede. Pero creo que con las añadas te pareces más a tu noble nariz de púgil pegada a tu cabeza de tribuno, aureolada con una melena de volutas grises, a juego con el humo del cigarro que te aviva el seso y despierta. Porque hace tiempo que tus párpados claudicaron y te dejaron despierto para siempre. No pudieron resistir el brillo acharolado de tus ojos de ónice, como el negativo del búho que se reencarnó en ti para que le enseñaras las verdades de la noche a quien quiera saberlas. No sé quién eligió a quién. Los esotéricos dicen que el simbolismo del búho alude a la clarividencia, a ver detrás de las máscaras, al enlace entre el mundo oscuro y el de la luz. Contigo no hay máscaras ni sombras, sólo luciérnagas titilando en el fondo de una copa de balón. Esas luciérnagas se llaman 'palabras', su concierto, LITERATURA, y sirve para crujirnos con una sonrisa o una lágrima, según la ocasión y los antojos del espíritu.

Pero hoy mi espíritu no está para antojos, así que... hasta el jueves, Manolo. Hasta todos los jueves que nos quedan por vivir.

UN GENIO CON TEMPERAMENTO CRÍTICO

Manuel Alcántara mantuvo siempre y mantendrá un cordón umbilical con SUR, para el que fue siempre y será un referente del oficio periodístico



MANUEL CASTILLO

El último fax que quedaba en el periódico ha dejado de funcionar para siempre. Sú única y fiel misión durante años fue recibir cada tarde el artículo de Manuel Alcántara. Puntual, certero, preciso. El maestro repetía cada día la liturgia periodística de leer la prensa, pensar, ponerse frente a su máquina de escribir, convertir el folio en blanco en un mar de palabras cuyas olas combatían incansables contra la rutina de la actualidad. Luego, enviar el fax y cerciorarse con una llamada telefónica de que su artículo, el artículo de Alcántara, había llegado sin novedad al frente de la redacción. Así, día a día; cada tarde.

Mucho se va a escribir sobre el maestro Alcántara. Por ello estas palabras no tratarán de contar nada nuevo, sino transmitir los sentimientos que quedarán impresos siempre en el corazón de papel de SUR. Nos dejó el mejor legado que se le puede ofrecer a un periódico: genio, temperamento, espíritu crítico y un respeto reverencial por las palabras, por el lenguaje, por la música del verbo y el adjetivo. Manolo era periodista, pero Alcántara, poeta. Por ello en sus columnas se deslizaba siempre el gusto de la poseía, y en sus versos, la contundencia del periodista.

Alcántara siempre mantuvo con SUR un cordón umbilical y desde el sabio consejo se convirtió en un apoyo imprescindibles de los directores. Con Francisco Sanz Cagigas, con Joaquín Marín, con José Antonio Frías y finalmente con quien suscribe. Siempre fue una referencia, un bastón en el que apoyarse, una pértiga con la que alcanzar metas imposibles. Siempre me llamó director y lo hacía con tal solemnidad que uno se sentía, de verdad, director y al mismo tiempo un afortunado ahijado periodístico. Él conocía perfectamente los códigos de las redacciones y los periódicos, quizá porque se curtió en ellas cuando eran redacciones de madrugada, tabaco, alcohol y oficio, mucho oficio entre la tinta y el plomo. Para SUR fue siempre y será mucho más que el columnista que convirtió la última página en la primera para miles y miles de lectores; para SUR fue siempre y será un destino al que intentar llegar, una cumbre que alcanzar con las herramientas de la independencia, el rigor, el espíritu crítico y el olfato; para SUR fue siempre y será el amigo, el

compañero que protegió y defendió esta casa repleta de periodistas que le admiraban y respetaban.

Debe quedar por escrito: nunca le falló a SUR, nunca. Porque Manuel Alcántara era un hombre de fiar, un amigo leal y un periodista inquebrantable. Luchó hasta el último suspiro por su artículo, por su cita con los lectores y los periódicos; mantuvo un pulso titánico contra el tiempo, como si se aferrara al artículo como último vínculo con la vida, con la memoria.

El mejor homenaje que se le puede ofrecer a este titán del columnismo es respetar su independencia, su carácter, su personalidad, su genio y su voluntad. Tuvo la suerte de ser reconocido en vida, de tener el calor de su familia y la presencia fiel de sus amigos de verdad.

Quedan para el recuerdo miles de artículos y su testamento poético en el que se reconoce bien a un hombre honesto, sensible, inteligente y abrazado al mar, a la playa y a la belleza. Un escritor capaz de ver más allá de lo que todo el mundo ve y de contarlos tan bien con las palabras. Alcántara era un boxeador del lenguaje, con el virtuosismo del juego de pies del mejor Cassius Clay y la contundencia de Foreman. En el ring del columnismo Alcántara fue, simplemente, el mejor de su tiempo.

Nos queda en la redacción de SUR un vacío enorme, un sentimiento de orfandad a miles de lectores, pero la sensación permanente de que compartimos días, periódicos y sueños con un grande del periodismo, con el Muhammad Ali del columnismo.